

el dogma de la presencia real, y se manifiestan con rico y magnífico arte acompañado de ideas las más sublimes unidas á los símbolos más graciosos, y de sentimientos los más puros puestos en relieve con las formas más espléndidas y variadas, sustituyó un culto sin belleza, sin gracia, sin vida y sin amor. Esta pompa del culto había dado una nueva gloria á la Italia, mientras que no quedó por Lutero el querer que una nueva barbarie, viniese á destruir los monumentos y los recuerdos de lo pasado.

¿Amó acaso á su patria? Cuando se trató de armar á la Europa contra los turcos que amenazaban á Viena, aconsejó evitar esta empresa (21) por temor de que no contribuyese al engrandecimiento de los pontífices, protectores continuos de la libertad europea.

¿Amó también acaso la libertad de la razón y de la conciencia? Por el contrario, la maldijo cada vez que se opuso á sus decisiones; lanzó el anatema contra todo el que se separara de su símbolo de Augsburgo; apeló al acero y á las cadenas contra los disidentes. Después de haber en 1520 abierto una tan grande senda á los progresos del pensamiento, no le dejó siquiera un sendero libre en 1532, y los anabaptistas tuvieron que penetrar á viva fuerza en la Iglesia. Que no se conteste que Lutero los persiguió por la transformación política sufrida por el dogma y porque el edificio social se hallaba amenazado. Si Lutero hubiese usado de tolerancia para con ellos, y les hubiese dejado la libertad de enseñar, las matanzas que se siguieron no hubieran ensangrentado la Alemania (22).

¿Amó acaso al pueblo? No: después de haber predicado con ayuda de sus diatribas y en nombre de la libertad evangélica, la cruzada contra los obispos y los frailes, exhortó á los príncipes á exterminar á los campesinos que, creyendo en él,

(21) *Præliari adversus turcos est repugnare Deo, visitanti iniquitates nostras per illos. De captiv. Babil.*

(22) «Os referis todos á la palabra de Dios, y no creéis á sus verdaderos intérpretes: poneos, pues, acordes, antes de pretender dar leyes al mundo.» ERASMO.

habían convertido en armas sus estevas y martillos (23).

Tuvo mucha condescendencia con los reyes hasta en las cosas menos justas; y en el año 1539 firmaba con Melanchton y otros seis doctores alemanes, una consulta que autorizaba al landgrave de Hesse á la poligamia. Esta era la primera vez que acontecía en el cristianismo que una decisión doctrinal autorizase para semejante abuso, y precisamente procedía de aquellos que reprochaban las dispensas de la corte de Roma, con la única restricción de que estaban obligados á mantenerla oculta *bajo el secreto de la confesion*.

Triunfó, pues, Lutero menos por el entusiasmo de los pueblos que por el egoismo de los grandes y por el descuido de los que debían combatirle; pero su reforma permanecía siendo un término medio entre la fe y la duda, y no debía agradar á los partidarios del progreso; porque en lugar de proclamar una innovación, tenía por objeto retroceder á los primeros siglos, y á la parte de la doctrina antigua que ha sido perfeccionada si no abolida por el Nuevo Testamento.

Melanchton, el Fenelon de la Reforma, era hombre amable y conciliador que esperaba unir las sectas empleando formas ambiguas y templando el rigor del maestro; le sobrevivió hasta el 19 de abril de 1560, muy triste por las controversias que sin cesar renacían.

Dos hechos se reprodujeron más tarde, que son de gran importancia en la historia del luteranismo: el primero, es que Juan Guillermo, duque de Sajonia Weimar, se prevaleció del pleno poder dado á los príncipes en los negocios religiosos, y arrebató á los eclesiásticos toda jurisdicción, incluso la excomunión; además, los sometió á un consistorio de seculares que dependían del príncipe, sin inquietarse de las ruidosas reclamaciones de que era objeto la independencia de la autoridad eclesiástica. Pronto fué imitado su ejemplo. La otra es la publicación del catecismo de Heidelberg, que separó definitivamente á los innovadores en luteranos ó evangélicos, y en calvinistas ó reformados.

(23) *Carnificie committendum velut nebulonem qui seditionem machinatur* LUT. *Comm. in ps. 71.*

CAPÍTULO XIX

ZWINGLE (ZUINGLIO). — CALVINO.

Siempre había profesado la Suiza un profundo respeto hacia la fe romana, á la cual debía su civilización, sus riquezas, sus monasterios y sus ciudades (1). Había reclamado protección para sus derechos; y al papa fué á quien se dirigió cuando Federico III de Austria quiso atacarlos. Pero, llamados á tomar parte en las guerras de la península itálica, se escandalizaron los suizos de la inmoralidad que reinaba en ella, y de los abusos cometidos por los prelados que Roma enviaba á su país.

Zwingle.—Ulrico Zwingle, de Wildhaus, cura de Glaris, había asistido como capellan de las tropas del obispo Scheiner, á las batallas de Novara y Marignan: instruido en los clásicos, admirador de Erasmo, se aprovechó de la especie de idolatría de que la virgen de Einsiedeln era objeto, y de la indulgencia plenaria anunciada por carteles en aquella aldea, para pronunciarse contra aquellas prácticas. Comenzó, pues, á predicar en aquel sentido antes que Lutero (1516), pero con menos reticencias y más claridad, con menos inspiración y más sistema. Mientras que Lutero procedía paso á paso, animado por una victoria y deseando otra, Zwingle, por el contrario, combatió desde el principio los dogmas fundamentales: no habló de reformas y quiso que no se buscara el cristianismo sino en las Sagradas Escrituras. Apasionado de la naturaleza, predicaba una especie de deísmo, excluía la idea y quitaba á la religión la espiritualidad, sustituyendo á la profundidad del dogma antiguo explicaciones de una insignificante sencillez.

(1) San-Galo, Einsiedeln, Appenzell, etc. Véase ABRAHAM RUCHAT, *Hist. de la reforma de Suiza*. HOTTINGER, *Hist. de Suiza en tiempo de la Reforma*.

Cuando fué pastor de Zurich, tuvo por colega al alsaciano Leon Judas (1518), y declaró que se sujetaría únicamente al Evangelio, no en algunas de sus partes, sino en el todo de él; comenzó á declarar contra las malas costumbres, la venalidad del clero y la autoridad de la Iglesia. Arrojó al fraile Bernardo Sanson que se había presentado á hacer el comercio de indulgencias; y como se le decía que aquel dinero era necesario para construir el más magnífico templo del mundo, enseñó la cima de los Alpes dorados por los rayos del sol, añadiendo que la contemplación de las obras de Dios, en cualquiera parte donde se manifiesten, valían más que las peregrinaciones lejanas (2).

Contestó á las admoniciones del obispo de Constanza, que desechaba toda decisión por parte de los hombres en materia de fe, y que no admitía ninguna satisfacción ante Dios, excepto la que se había hecho por Jesucristo. Decía á sus ovejas, reprobando los ayunos y las abstinencias: *¡Teneis escrúpulo de comer carne en cuaresma, y vendeis carne humana á los príncipes extranjeros!* Propagóse el incendio; el canton de Zurich dispuso un coloquio entre ambos partidos, y Zwingle emitió en sesenta y siete tesis las siguientes proposiciones: que la misa no era un sacrificio, que no había en ella otro mediador que Cristo, y que no se podía obtener con penitencias la remisión de los pecados; que los votos de castidad eran ilícitos; que la excomunión no podía ser pronunciada sino por la Iglesia particular á que pertenecía el culpable, y que no se encontraba en la Biblia ningún funda-

(2) *Roman curre! redime litteras indulgentiarum! da tantumdem monachis! offer sacerdotibus! Christus una est oblatio, unum sacrificium, una via.* ZWINGLE opp. I, páginas 201-222.

mento del poder eclesiástico; que eran apóstatas y herejes los que pretendían que el Evangelio era nada sin la confirmación de la Iglesia: y que todos los cristianos son hermanos de Cristo y entre sí, pero que no tienen padre sobre la tierra.

Acudió una inmensa multitud á aquella discusión; pero no se levantó ninguno que la contradijese. Sólo Faber, vicario del obispo de Constanza, aceptó, después de muchas vacilaciones, el debate sobre la intercesión de los santos y de la misa; pero cómo sentenciar, cuando el uno alegaba las decisiones de los concilios que el otro no reconocía? Estableció, pues, el senado de Zurich, que no habiendo podido convencerle de herejía con la Biblia los adversarios de Zwingli, no era posible prohibirle la palabra, impidiendo de todos modos á cualquiera que fuese predicar cosas que no pudiese probar con las Sagradas Escrituras.

Pero cuando Zwingli, Engelhard y Leon Judas comenzaron á declamar contra las imágenes, se manifestó una oposición popular (1523); el senado dispuso un nuevo debate, bajo la presidencia del burgomaestre de San Galo, Joaquin de Walt (*Vadianus*), poeta laureado. Trescientos cincuenta sacerdotes, é infinidad de seglares se habían reunido en el día prefijado; Zwingli sostuvo que toda reunión de fieles era una iglesia y que podía en su consecuencia tratar en ella de materias de fe. Después que se discutió sobre gran número de ritos, las procesiones, los órganos, la adoración de la hostia y la estremaunción se prohibieron; y pronto se quitaron las imágenes, se abolió la misa como ceremonia simbólica, y se celebró la Eucaristia, con los ritos reformados.

Los reformadores suizos adelantaban, pues, más que Lutero, que conservó varias prácticas religiosas, como las imágenes, los cirios, los altares, los panes ácidos, la confesión auricular. Lutero quería conservar en la Iglesia todo lo que no le parecía espresamente contrario á la Escritura, Zwingli derribó todo lo que no podía derivarse de su texto. El uno quería permanecer con la Iglesia de todos los siglos, purgándola solamente de lo que repugnaba á la palabra de Dios; el otro retrocedía á los tiempos apostólicos, trasformando á la Iglesia, porque pretendía volverla al estado primitivo. Lutero había combatido el catolicismo, proclamando la justificación por medio de la fe; Zwingli derribó además el culto, estableciendo la acción suprema, universal y exclusiva de Dios. Después de haber repudiado Lutero la teología escolástica concerniente á la doctrina de la justificación, retrocedió de ella para admitir la presencia real, al paso que Zwingli no se inquietaba por ponerse en relación con la tradición, y pretendía recibir directamente la fé de la Escritura. En suma, nótese en el primero el instinto conservador, y en el segundo un espíritu radical. Con respecto á las consecuencias exteriores, al mismo tiempo que Lutero, predicando en un país de príncipes, sostenía las ideas absolutas, favorecía la ocupación de los bie-

nes del clero, y en la jurisdicción mixta consideraba á la autoridad eclesiástica como una institución humana y un atributo de la soberanía, el republicano Zwingli derribaba también el poder de las Iglesias; pero, en lugar de darla á los príncipes la ponía en manos del pueblo. Lutero permaneció monárquico; Zwingli desarrolló el sentimiento popular, y de esta manera es cómo pudo ser el apoyo de las facciones opuestas á los reyes.

Leon Judas, Gaspard y Grossmann hicieron una versión de la Biblia, inferior en mérito á la de Lutero pero tal vez más exacta. Zwingli publicó en latín los *Comentarios de la verdadera ó falsa religión*, exposición completa de la ciencia, que opuso á los *Lugares comunes* de Melancton. De aquí procedió el disentiendo de Zwingli con los protestantes alemanes, que llamaron á sus adherentes *sacramentarios*, origen del cisma que aun los divide, y Lutero anatematizó á Zwingli, así como á Múnzer y Carlostadt, diciendo que antes quería ver en la Eucaristia sólo sangre con el papa, que vino sólo con Zwingli.

Estas querellas y los escándalos de los anabaptistas, bajo cuyo nombre se había reunido toda la hez de los individuos rebeldes á las leyes, siguiendo á Manz y á Grebel, sin tener en cuenta ni los consejos ni la fuerza, hacia que muchas personas no se inclinaron á la Reforma. Otras, perseguidas en su patria, se refugiaban á Suiza, que convirtiéndose en asilo de todo el que se rebelaba contra la sociedad, se llenó de confusión y turbulencias. La primera consecuencia del cisma fué enajenarse los cantones fieles al antiguo *Credo*, á los que les repugnaban las innovaciones. Los tres cantones montañeses de Uri, Schwitz y Unterwald, fundadores de la libertad helvética, donde las costumbres eran más sencillas y el clero pobre, temblaron á la idea de cesar en las peregrinaciones, de cerrar los conventos, donde se encontraba pan, de renunciar á visitar anualmente la capilla de Guillermo Tell y el campo de Morgarten, donde invocando á Cristo y á Maria, había roto el yugo austriaco. Nueve cantones se reunieron después en Lucerna (1524), y, «en atención á que el Padre Supremo y los demás custodios de la Iglesia dormían en medio de las tempestades con que era batida,» ordenaron no cambiar nada en la religión hasta el concilio, aboliendo no obstante algunos abusos. Propúsose también una conferencia con Juan Eck; pero Zwingli concibió temores y no se presentó. Juan de Ecolampade acudió á Argovia donde discutió diez y ocho días consecutivos en presencia de los diputados de los cantones y de los obispos; no faltaron, por lo demás ni violencias ni injurias, pero sin ningun resultado. Los que habían asistido á la discusión fueron más ardientes en extender la Reforma, y obtuvieron fuera una poderosa ayuda.

En Basilea, ciudad de sabios y de impresores, donde Erasmo vivió mucho tiempo, Volfang Fabricio Capiton (*Köpflin*) había abolido la misa

desde 1517; después de él, Juan Ecolampade, que se había colocado del partido de Zwingli, y Guillermo Farel, de Grenoble, se pusieron á la cabeza de los innovadores, y llevaron la intolerancia hasta tal punto, que por decreto del senado se prohibió á los morosos servirse de los molinos y hornos públicos, y hasta comprar víveres. Berna, la ciudad de las grandes familias, después de haber oído una discusión entre Ecolampade, Zwingli, Conrado, Pelicano, (*Kurschner*), Bernardo Huller y los demás campeones, recibió la Reforma, declarando que los pastores eran lobos rapaces. Schaffouse y San Galo le imitaron pronto. Berna abolió el servicio militar en el extranjero y prohibió recibir pensiones de los príncipes; pero inútilmente invitó á los demás cantones á seguir su ejemplo; sin embargo, los católicos trataron de detener los progresos de la nueva religión. Lucerna declaró no querer apostatar, sino cuando después de haber cortado la cabeza á Zwingli, renaciese en sus hombros; Schwitz encendió las hogueras contra los disidentes, y esparcióse la noticia de que el Austria proporcionaba cañones á los católicos.

Estendióse por todas partes la división, y el mismo Zwingli, que había siempre soñado en la paz y en la concordia, exclamó: «Cuando se trata á su adversario de canalla, es preciso que el puño acompañe la palabra, y que se hiera para no ser herido.» En fin, declaróse una guerra abierta. Lucerna, Uri, Schwitz, Unterwald, Zug, el Valés, al que Roma impulsaba por celo y el Austria por sus antiguos rencores, formaron una liga para defensa de la religión, bajo el patrocinio de Fernando, rey de los romanos, aunque las personas prudentes repitiesen que los *Estados libres no tenían otros amigos que ellos mismos*. Por otra parte, Zurich organizó con Berna, Schaffouse y San Galo, la *hermandad cristiana*, y prohibió mandar á los cantones que se habían ligado, la sal indispensable para la confección de los quesos. Dióse una batalla en Cappel, en la que habiendo sido muerto Zwingli, los católicos procesaron su cadáver y fué hecho pedazos; pero uno de los vencedores exclamó: «Cualquiera que haya sido tu creencia, fuiste un sincero y leal confederado. ¡Quiera Dios recibir tu alma!»

Cuando hubieron medido sus fuerzas, los cantones aprendieron á respetarse; concluyóse la paz religiosa en ventaja de los católicos; porque la *verdadera antigua é indudable fe cristiana* se restableció en los bailios comunes, mientras que la religión llamada de Zurich se circunscribió á límites, de los cuales no pasó, permaneciendo los cantones divididos en católicos, reformados y mixtos. Pero entre tanto, una revolución cuyas consecuencias debían ser graves, se verificó en los confines de la Suiza.

Ginebra.—Ginebra había cesado de depender de los emperadores en la época en que Enrique V había sido escomulgado por el concilio de Letran. El obispo, propuesto por el pueblo, y elegido por los canónigos, se convertía en príncipe espiritual y

temporal, bajo juramento de no violar las franquicias de la ciudad. Un consejo de ciudadanos regularizaba los negocios temporales, y encargaba de la ejecución á un conde y á un vicedomino, que juraban sostener los privilegios del concejo. El consejo, compuesto de personas graduadas en alguna ciencia y de ricos mercaderes, ponía presos á los malhechores, y procedía contra ellos; la sentencia era ejecutada por el conde, y el obispo tenía el derecho de perdonar.

Los ciudadanos, dedicados al comercio y á la industria, recibían de la Italia seda, jabones, especias, frutas y perfumes; de Francia, paños, lana y libros; de Saboya, miel y granos; de Alemania, hierro y cobre. Activos, probos y sobrios, acogían á todo el que iba á llevarles un oficio ó la buena voluntad. Nadie conseguía los empleos públicos sin estar inscrito en el rol de los mercaderes, y estos dos proverbios indicaban sus inclinaciones: *Vivir trabajando, y más vale la libertad que la riqueza*.

La ciudadela vecina, llamada *El Gallardo*, la detenían en su poder los duques de Saboya, como garantía de las sumas que habían proporcionado á los ginebrinos durante las guerras, y procuraban trasformar en soberanía absoluta la autoridad que se les había delegado. De aquí una larga lucha entre aquella casa y los patriotas de Ginebra. Filiberto Berthelier organizó la juventud en una sociedad de placer llamada *de los aliados* (en alemán *Eidgenossen*), con esta divisa: *Quien toca á uno toca á otro*. Esta sociedad fué después un partido político, defensor de la libertad. Sus miembros llevaban el sombrero adornado con plumas de gallo, según la costumbre suiza, al paso que los mamelucos, como se llamaba al partido contrario, le ponían una rama de acebo, según la usanza de Saboya. Carlos III, duque de Saboya, que tenía su corte en aquel castillo, y que aspiraba á dominar en la ciudad, desarmó á los *eidgenossen*, é hizo condenar á muerte á Berthelier; pero cuando el suceso de la batalla de Pavia le hizo concebir la esperanza de engrandecerse en Italia, y cuando abandonó aquel puesto para recobrar los países que le habían arrebatado los franceses, los republicanos levantaron la cabeza, abolieron el tribunal que se había instituido, y se unieron á Friburgo y Berna.

Sólo hasta 1528 fué cuando se comenzó á hablar de reforma en Ginebra: sin embargo, sus habitantes vacilaron cuando conocieron que recaería necesariamente, no sólo sobre el clero, sino sobre el lujo público, y como los de Friburgo los amenazaban con renunciar á su alianza, abolieron también la misa. Si, pues, en Wittemberg la Reforma fué en un principio una rebelión de conventos, en Ginebra tomó desde luego el carácter de movimiento político. El duque de Saboya esperaba aprovecharse de las disensiones que resultasen. Había formado entre los nobles saboyardos y borgoñones una sociedad llamada *de la Cuchara*, por la señal distintiva que llevaban, como para